

EL BARCO



DE VAPOR

Tres bichos raros

Mariasun Landa



ÁLEX

QUIERO escribirle una carta a Nina.

Ayer le pedí un bolígrafo y un cuaderno a mi madre sin decirle para qué era, y ella, con una sonrisa cómplice, me preguntó si era para contar mi aventura. Aunque al principio mi madre se pegó un susto de muerte cuando me trajeron a este hospital, la verdad es que lo que nos pasó a Nina y a mí le sigue pareciendo la mar de emocionante.

–¡Escribe, escribe detalladamente todo lo que pasó en la taberna de Mikel! –me dijo entusiasmada–. Luego disfrutarás mucho al volver a leer tus aventuras.

Y yo, que no. Porque es difícil contar lo que pasó, cómo supe que Nina estaba en peligro y todo eso. Además, tendría que hablar de mis *poderes especiales* y nadie cree en ellos;

tampoco mi madre, y para eso es mejor no decir nada.

—¡Vaya hazaña la vuestra! ¡Habéis salido hasta en el periódico!

A mi padre también le ha dado mucha satisfacción que su hijo haya sido protagonista de una aventura... La verdad es que mis padres se pirran por las aventuras de cualquier tipo y este hecho ha marcado mucho mi vida, como a Nina el ser coja se lo ha marcado también... «Nosotros somos unos *antiaventureros*, Nina», le dije un día, y ella se rió muy bajito y me dijo que sí, que los *antiaventureros* deberíamos fundar un club.

Pero no tengo tiempo de escribir sobre esto. Pronto se abrirá la puerta y Marga me traerá la cena. Marga es la enfermera de la tarde, y Juana, la de la mañana. Son muy distintas. Marga tiene el aspecto de un pajarillo, anda a saltitos, es parlanchina, simpática... Juana, en cambio, tiene cara de avestruz, anda tiesa y habla muy despacio, pero tiene la ventaja de que sabe jugar al ajedrez.

No sé cuánto tiempo tendré que estar en este hospital. Desde que aquel ladrón entró

en el bar de Mikel no he visto a Nina y eso me pone triste. Sobre todo al anochecer, como ahora, cuando se acaban las visitas y me quedo solo.

* * *

La enfermera Marga me ha vuelto a decir que los niños no pueden venir al hospital.

—¡No insistas! Nina no puede venir.

Y luego, con sonrisa maliciosa, me ha dicho que de todas formas, si yo quería enviarle algo a Nina, ella se lo daría, porque da la casualidad de que Nina y ella son vecinas y eso, por lo visto, le da derecho a Marga a tomarme el pelo todo el tiempo.

—Es bonita la niña que tú salvaste, ¿eh?

Me ha mirado la herida de la cabeza, me ha arreglado la cama y se ha sentado a mi lado.

—Nina es una chica muy maja. Ayer, cuando se acercó a mí, se puso toda roja. «¿Tú eres la enfermera de Álex?», me preguntó, y yo le dije que sí. Y mira por dónde, va y me da un tablero de ajedrez. «¿Para qué?», le

pregunté yo, porque no sabía que fueras un loco del ajedrez. ¿Te ha hecho ilusión? Por lo que ella me ha dicho, jugáis todos los días. ¡Qué par de tortolitos! ¡Hacéis una pareja muy bonita...! ¿Y por qué lleva Nina ese aparato en la pierna?

Si Marga fuera una buena enfermera, debería saber lo que le pasa a Nina, el porqué de ese cacharro que lleva en la pierna izquierda. Además, yo no sé muy bien lo que le pasa. Lo único que sé es que tiene que llevar ese aparato un par de años o así, que no es para siempre, que usándolo se le irá curando el hueso de la cadera... Eso, al menos, es lo que Nina me contó un día.

Al principio se me hacía raro ir al lado de una coja. Sin embargo, ahora la verdad es que se me olvida. Y cuando empiezo a correr, luego tengo que esperarla y me quedo mirándola, porque me hace gracia su forma de andar, muy airosa a pesar del chisme ese.

Ayer, cuando Marga me trajo el tablero de ajedrez, sentí una alegría loca, el corazón me empezó a pegar saltos como un canguro, pero disimulé y volví a darle la lata preguntán-



dole por qué Nina no podía venir al hospital a verme.

–Porque está prohibido que los niños vengán al hospital de visita –dijo ella.

–¡Pues no hay derecho! –le contesté yo enfadado.

–¿Y por qué no le escribes una carta? Yo se la entregaría en seguida.

Sí, ya, pero no es lo mismo; y además escribirle a Nina se me hace muy difícil.

* * *

Ha pasado el médico. Me ha dado unas palmaditas cariñosas en la cara.

–¿Qué tal, valiente?

Estos últimos días no hago más que oír la palabra *valiente*, y yo seré cualquier cosa, pero valiente no. Nina tampoco.

Chancho, uno de mi clase, siempre se mete conmigo porque no me atrevo a muchas cosas, es decir, que no me gustan las cosas que le gustan a la mayoría. «¡Eres más raro que un perro verde!», suele decirme. Cuando se enfada conmigo, me llama *gallina*, *mari-*

chica, y yo no sé cuántas cosas más, pero luego viene pidiéndome perdón y me copia los deberes, porque él es tan valiente como vago. Durante una temporada, en mi clase me llamaban *Álex Al Revés*, un mote que me puso un maestro asqueroso, pero desde que quedé campeón de ajedrez de la escuela aquello se les olvidó, y el mismo Chanco me empezó a mirar con gran respeto. Según me han dicho, ahora los de mi clase están muy orgullosos de mí porque impedí que robaran en la taberna de Mikel y porque he salido en los periódicos. Pero eso no es totalmente cierto, porque fue Nina quien le pegó en la cabeza al malhechor y ella tiene más mérito que yo.

Le he preguntado al médico cuánto tiempo me queda por estar en el hospital.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Es que te encuentras mal aquí? ¡Si la enfermera Juana me ha dicho que habéis empezado a jugar al ajedrez y todo!

Juana estaba a su lado y ha sonreído.

—Pero, desgraciadamente, ¡Álex es de los que siempre gana!